

Cuestión de volumen

Ya se sabe qué pasó. Aquí les contamos cómo y por qué.

Gustavo Gorriti

La cena

Fue en la casa de Roberto *Bobby* Dañino, en una cena ante una mesa en la que, a tenor de la evidencia, no se cultivan anorexias, donde terminó de definirse el gabinete y el giro de la política actual.

La cena fue el miércoles 23 de julio, poco después de que Dañino lograra calzarse la condecoración de la Orden del Sol luego de un exitoso desafío a la geometría del espacio. Algún malvado, recordarán ustedes, o quizá meramente un tonto de los que no faltan, había medido la banda como para que cupiera cómodamente sobre la breve anatomía del principal inquilino de Palacio, pero no sobre el generoso volumen de Dañino; lo que hizo dudar en el momento crucial si se trataba de una banda o de un collar, hasta que un conjunto de bien meditadas contorsiones resolvió el aprieto.

En la cena en casa de Dañino —el ex primer ministro, actual embajador en Washington y futuro alto ejecutivo del Banco Mundial— se encontraban ex

colegas de gabinete (Cecilia Blondet, Nicolás Lynch); colaboradores o amigos (Alberto *Beto* Adrianzén, Rocío Vesga) y un hombre frente a un dilema: Fernando Rospigliosi.

El dilema de Rospigliosi era si aceptar o no el retorno al cargo de ministro del Interior que Toledo le ofrecía. Rospigliosi tenía razones sobradas para la duda. En los dos años de gobierno de Toledo, aquel había renunciado dos veces y ambas por razones fundamentadas. Habiendo sido también uno de los principales asesores del ahora Presidente durante la campaña del 2001, Rospigliosi tenía una visión que eufemísticamente se puede llamar realista de las contradicciones y limitaciones del régimen y de su Presidente. Bastaba ver la composición de los sucesivos gabinetes para percatarse de la involución que había sufrido la agenda democrática en el gobierno toledista. Nicolás Lynch había sido sucedido por Gerardo Ayzano, Gino Costa por Alberto Sanabria. Solari y Carbone habían estado mucho más preocupados por la guerra

contra los condones que contra la corrupción. Además, algunos individuos oscuros —capitaneados por Jorge Mufarech— que se habían introducido en el gobierno a través de Perú Posible, lubricando su ingreso con dinero, habían logrado fuerza y capacidad de maniobra. La suficiente como para acosar a quienes habían dirigido la hoy desfalleciente lucha anticorrupción e intentar incluso procesar judicialmente al propio Rospigliosi y sus colaboradores más cercanos en el Ministerio del Interior.

El ex ministro y ex jefe de Inteligencia estaba a un paso corto del rompimiento abierto con el gobierno de Toledo cuando este lo llamó por primera vez. Solari se desempeñaba todavía como primer ministro, pero era el único que parecía ignorar que no celebrarían Fiestas Patrias en el cargo. Toledo se encontraba en abierta búsqueda de un nuevo premier. Tentó la gerontocracia (en Bedoya Reyes), la literatura (en Vargas Llosa), la domesticidad partidaria (en Ferrero), sin éxito o con poca convicción; hasta que



Foto: EPENSA/Imágenes

La llamada de Vargas Llosa fue determinante para que Beatriz Merino aceptara el premierato.

el todavía ministro de Trabajo Fernando Villarán le sugirió convocar a Rospigliosi como primer ministro.

Toledo llamó a su ex colaborador sin estar, a lo que se ve, del todo seguro de qué ofrecerle. Es poco probable que el Presidente ignorara lo que pensaba Rospigliosi de su gobierno; y si ese fue el caso, el ex ministro se lo hizo saber rápidamente. Toledo recibió las duras críticas con un cierto buen talante. Dentro de la curiosa escala de valores del Presidente, la crítica privada es una crítica leal; la pública, en cambio, aunque sea amistosa y hasta constructiva, es desleal. Y Rospigliosi había mantenido un silencio público impermeable desde su salida del gobierno (excepción hecha de su respaldo a Ugaz primero

y en las acciones de defensa de la lucha contra la corrupción).

En esa primera conversación, Rospigliosi recomendó al Presidente cambios fundamentales. Retornar con fuerza a la agenda de institucionalización democrática, de lucha contra la corrupción. Convocar a gente de probada ejecutoria y honestidad para que llevara a cabo las acciones y reformas sectoriales predicadas en el compromiso fundamental con la democracia y la transparencia. ¿En quiénes pensaba Rospigliosi?, preguntó Toledo. En José Ugaz para Justicia; en Nicolás Lynch, Cecilia Blondet, Susana Villarán...

La sugerencia le cayó a Toledo como aroma de ajos en Transilvania. Las extrañas fobias presidenciales hacia

Ugaz, hacia Susana Villarán, se expresaron con el razonamiento referencial de un psicodrama; y en cuanto a Lynch, los resentimientos eran entrañables. Había salido del gobierno y había empezado a "tirar piedras a la casa", en la interpretación toledana de las críticas honestas a su gestión (o falta de ella) que Lynch había efectuado. Para Toledo no importaba que Rospigliosi fuera mucho más crítico que Lynch. Se había mantenido en silencio, se las decía solo a él. Eso era "leal". Llevarlas al debate público, como Lynch, era "desleal".

(La bronca presidencial se hizo tan grande y a la vez tan pequeña, que dio lugar a elocuentes cuanto farsescos episodios. En la visita de Estado en mayo del presidente

Toledo aceptó las condiciones de Rospigliosi, pero este continuó dudando. ¿Lo estaba "meciendo" el Presidente?

mexicano Vicente Fox, por ejemplo, Lynch recibió una invitación para asistir a la cena ofrecida en Palacio. Pocas horas luego de recibida, llegaron dos funcionarios de Palacio a su oficina, a recoger la invitación. Había un error de fechas, dijeron. Iban a volver. Todavía los están esperando.)

La primera conversación terminó ahí. Al parecer, Toledo tuvo claro que no podía ofrecerle el premierato a Rospigliosi. La visión y las agendas posibles eran demasiado diferentes. Pero ¿qué tal el Ministerio del Interior? Sobre eso hubo un par de conversaciones más, antes y después de la juramentación de Beatriz Merino como nueva primera ministra y de la declaración del "punto de quiebre".

En las nuevas conversaciones, Rospigliosi le hizo saber a Toledo sus exigencias para considerar ocupar el cargo:

— El control real del Ministerio del Interior. Todos los nombramientos quedaban a cargo de Rospigliosi. Toledo no nombraba a nadie, como había sido el caso en la primera gestión de aquel, cuando el Presidente se reservó el nombramiento de la Dirección de Gobierno Interior (nombró primero a

Alberto Sanabria y después a Carolina Baquerizo)). Ahora, los nombramientos, desde portero hasta viceministro, quedaban a cargo del nuevo ministro.

— Llevar a su propio equipo, sin que las fobias presidenciales pudieran imponer veto alguno.

— Tener el liderazgo en el mantenimiento del orden interno y, sobre todo, en la lucha contrasubversiva. Aurelio Loret de Mola llevaba la segunda desde el Ministerio de Defensa y se había hecho responsable por la primera durante la vigencia del estado de emergencia. Eso, señaló Rospigliosi, representaba un retroceso en uno de los aspectos que definen centralmente a una democracia y permiten predecir su supervivencia: el control civil de la ley y el orden.

En ese último aspecto hubo, según fuentes informadas, una discusión con Loret de Mola, quien se sentía lo suficientemente civil; y que, además, venía de encarar virtualmente solo las consecuencias de un estado de emergencia mal definido y peor planeado. Luego, en las operaciones contra Sendero, con participación central de las Fuerzas Armadas, Loret

de Mola había sido la autoridad visible al mando, mientras Sanabria se confundía con la escenografía. Ahora, Rospigliosi demandaba replantear sustancialmente el esquema tradicional, primordialmente militar, que se había adoptado, y retornar, mejorándolo, al sistema que él había empezado a poner en práctica el 2001 y el 2002. Dicho sistema estaba inspirado en gran medida en el modelo contrainsurgente británico: la coordinación intersectorial de acciones desde el nivel local bajo mando civil; la creación de Comisionados para la Paz para dirigir las acciones zonales y regionales; la dirección global del esfuerzo a cargo del ministro del Interior.

Toledo aceptó las condiciones de Rospigliosi, pero este continuó dudando. ¿Lo estaba "meciendo" el Presidente? (Y no son pocos los que saben que el Presidente mece mejor que columpio de parque.) ¿Valía la pena el riesgo? Había también otras razones: el canal 4, es decir Plural, le había ofrecido una posición importante de "gerencia periodística" (sea lo que fuere lo que ello significa). Retornar al periodismo o asumir una riesgosa función pública en un momento a la vez vulnerable y trascendente para el país y la democracia: tal fue el dilema con el que Rospigliosi llegó el miércoles 23 a la cena en casa de Dañino.

Ahí, Rospigliosi anunció que no iba a aceptar el ministerio.

Dañino intentó convencerlo. Rospigliosi parecía haber tomado ya una decisión. Entonces hubo una comunicación telefónica con Beatriz Merino, aparentemente por iniciativa del dueño de casa. Rospigliosi le dijo por teléfono a la primera ministra que iba a rechazar la propuesta.

Dos horas después, Beatriz Merino llegó a la casa de Dañino y se inició una labor de persuasión indirecta que terminó alrededor de las tres de la mañana del jueves 24.

Fue una conversación interesante. En el pequeño grupo estaban dos de los tres primeros ministros que ha tenido este gobierno, quienes, como veremos, comparten mucho más que una evidente capacidad de demostrar el principio de Arquímedes.

Estaban también otros tres ex ministros de este gobierno (Lynch, Blondet, Rospigliosi); una ex asesora de comunicaciones de la Presidencia (Vesga); y el principal asesor del ex presidente Valentín Paniagua (Adrianzén).

Y así, la discusión se convirtió en el intercambio de la experiencia desengañada con el optimismo de estreno de la primera ministra. Frente al recuerdo amargo de los ex, Merino les dijo que a su criterio la visión pesimista

era exagerada. Que a ella le estaba yendo razonablemente bien hasta ese momento.

Dañino buscó "apoyar a Beatriz", como recuerda uno de los asistentes, y trató de convencer a Rospigliosi: Beatriz Merino merecía su ayuda, dijo. A diferencia de los primeros ministros anteriores (él y Solari), Merino sí iba a tener autoridad y manejo propios.

Cuando se despidieron, no había un acuerdo definitivo. El jueves Rospigliosi volvió a ver a Merino y a Toledo. En la tarde de ese día, decidió aceptar el ofrecimiento y volver al Ministerio del Interior.

La expresión que tuvo en el momento de juramentar fue un buen indicio de cuál era el ánimo y la actitud con los que retorna al gobierno. Y por primera vez en muchos meses, los asistentes a la ceremonia volvieron a representar esa extraña mezcla de orígenes, agendas, intereses, puntos de vista y estatura moral que erróneamente se definió en el pasado como "todas las sangres". Estaban Genaro Delgado Parker y Adam Pollack, por ejemplo; pero se encontraban también, ellos de vuelta,

José Ugaz, Nicolás Lynch, Susana Villarán y Cecilia Blondet, entre otros. El mensaje para Toledo fue bastante claro. Y él, instintivamente adaptable como es, parece haber ya ensayado alguna forma de aproximación o diálogo.

Las nuevas presencias en la ceremonia fueron un síntoma —quizá no el más importante— de otro cambio mayor, que llegó medio inadvertido y del todo inexplicado.

Se había producido un cambio perceptible en la correlación de fuerzas, y en los índices de fuerza y de vulnerabilidad relativas que iría a expresarse más formal y claramente en el discurso del presidente Toledo ante el Congreso el 28 de julio.

El gobierno iba a terminar el mes de julio considerablemente más fuerte que el mes anterior, y con la iniciativa en buena parte reganada; mientras que el principal partido de la oposición, el Apra, perdía la iniciativa y empezaba a cometer errores en cadena. No fue el único grupo en sufrir detrimento, pero el Apra terminó julio manifiestamente más débil, defensivo y confuso que el mes anterior.

El Apra y Alan García son entes en buena medida distintos. Hay agendas y visiones diferentes, sobre todo por parte de García. Pero ambos se necesitan.

La simbiosis

El Apra y Alan García son entes en buena medida distintos. Hay agendas y visiones diferentes, sobre todo por parte de García. Pero ambos se necesitan. Cuando García regresó al Perú en enero del 2001, su prioridad fue tratar de arreglar su entonces complicada situación legal, y protegerse de futuros procesos, investigaciones y acusaciones. Buena parte de ellas había sido cocinada durante los años de la dictadura y no tenía, en consecuencia, mérito ni validez. (Lo cual no le impidió, de paso, haber explorado entendimientos con los dirigentes del régimen que lo persiguió.) Pero otras acusaciones y reclamos de investigación antecedían a la dictadura y habían quedado pendientes durante una década. Político audaz e inspirado, García mantuvo y mantiene una evidente ansiedad ante lo que para él es la amenaza de acusaciones que pueden con-

cretarse en pruebas. Buena parte de su labor, incluso desde antes del retorno, estuvo dedicada a fortalecer sus defensas en varios frentes, el judicial entre ellos, mediante la promoción de jueces vinculados con el Apra.

García necesitaba al Apra, pero el Apra necesitaba más a García. Solo él podía sacarla de los sótanos electorales, de las votaciones de un solo dígito, de los locales abandonados y la deserción masiva de militancia que habían sufrido durante los noventa. En pocos meses García los llevó del 3 al 47 por ciento y volvió a darle fuerza y gravitación a un partido depauperado políticamente. El discurso del "nuevo" García, explicando por qué los precios de los medicamentos y de la telefonía eran obscenamente caros e indicando cómo él los rebajaría; y diciendo, de paso, que era necesario mirar hacia adelante y olvidarse del espejo retrovisor —ese que mira

antipáticos pasados—, fue una serenata tan bien cantada ante el balcón de los electores, que derriñó resistencias en un porcentaje tan apreciable de los votantes que convirtió al Apra en la segunda fuerza y a él en absolutamente indispensable para el partido.

Astuto y con muchos más recursos para el manejo político que Toledo, García fue el beneficiario más directo (otro fue la mafia) de los munificentes desacieros, autogoles y tropiezos con sus propios pies con los que Toledo pulverizó la confianza de quienes lo llevaron al poder. Entre mayo y junio de este año, muchos comentaristas políticos, analistas y cortesanos empezaron a especular con que Toledo no duraba; y a considerar a García como un presidente inevitable; de repente antes del 2006. En la recepción por el 14 de julio en la Embajada de Francia, por ejemplo, más gente se acercó a García que a Toledo; y en algunos casos con una actitud reverencial que Toledo ya no recibe a estas alturas ni de Willy González Arica. (Los tiempos de "después de Dios y la Patria, usted, Presidente" ya no son los de ahora.)

Pero en cuestión de pocos días, mientras el gobierno sumaba pequeños y medianos aciertos tácticos, el Apra añadía errores. Fue un conjunto de hechos que si por separado no tienen gran peso, pueden explicar en conjunto el



Foto: Archivo La República

¿Un "nuevo" García?



Rospigliosi recomendó al Presidente cambios fundamentales para aceptar otra vez la cartera del Interior.

debilitamiento y la tendencia actual a la erosión: Alan García mintió sobre una compra de una casa de playa a una comisión investigadora del Congreso; y con esa sola mentirilla resucitó una legión de recuerdos muebles e inmuebles. Varios presidentes regionales del Apra, entre ellos el de la región Lima, confrontan serias acusaciones de corrupción con, en algunos casos, ridículas coartadas. Frente a la Comisión de la Verdad, García y el Apra no han tenido siquiera ambivalencia, sino lo que hasta caritativamente cabe describir como reveladora polivalencia. En las

elecciones para la presidencia del Congreso, apoyaron con todo a Antero Flores Aráoz, y con todo perdieron.

La simbiosis de Alan García con el Apra puede tornarse perversa; y si lo que se vio este mes se hace tendencia, continuarán perdiendo fuerza y dejando vacío un espacio político por llenar. García es, sin embargo, un político de muchos recursos, brillante mientras mantiene la calma, y que solo trastabilla cuando sus no muy resistentes nervios lo traicionan.

Así, las aritméticas conven-

cionales resultaron erróneas. La elección de Henry Pease a la presidencia del Congreso fue elocuente en tanto demostración de una nueva realidad. Enfrentado a las dos principales agrupaciones opositoras, ganó en forma contundente y logró, con ese resultado, no solo debilitar al Apra sino también al FIM. A la luz de los resultados, el uno resulta menos formidable como opositor y el otro menos indispensable como aliado.

Sentido de proporciones

Otra situación inesperada se daba con el nombramiento de Beatriz Merino. La primera ministra era, virtualmente, la última alternativa. Solo fue convocada, a instancias de Mario Vargas Llosa (quien también recomendó a Dañino como primer ministro el 2001), cuando los otros candidatos se habían descartado a sí mismos o lo habían sido por Toledo (en el caso de Carlos Ferrero). A diferencia de los demás, Merino se traía solo a sí misma, lo cual, claro está, no es poco desde ningún ángulo, pero no parecía una ventaja hasta que lo fue.

Junto con la llamada de Toledo, Beatriz Merino recibió —de acuerdo con fuentes enteradas— una llamada de Vargas Llosa, pero no de Mario sino de su esposa Patricia. Mario se encontraba en Bagdad y le mandaba el mensaje a través de Patricia de que aceptara el premierato, que el gobierno corría el riesgo de caer. Para la leal ex fredemis-

ta, que había ingresado a la jefatura de la SUNAT también a instancias de Vargas Llosa, la llamada fue determinante en su decisión de aceptar el cargo.

En el nuevo gabinete que juramentó con ella, Merino no parecía tener mayor influencia, ni decisión en los nombramientos. Era un gabinete que denotaba cierta habilidad táctica, pues el nombramiento de Anel Townsend al Ministerio de la Mujer y el de Jesús Alvarado a Trabajo allanaron el camino a Henry Pease en el Congreso; pero era también un gabinete en el que los potenciales conflictos de interés en varios portafolios alcanzaban nuevas honduras. Así, el de Francisco González en Agricultura es su vinculación con Dionisio Romero; el de Javier Reátegui en Producción son sus propias inversiones y las de sus hijos en pesquería; el que se daría después, de Hans Flury en Energía y Minas, es su vinculación con la Southern. "Es increíble", dice un ex colaborador del gobierno: "El conflicto de interés que hay en esos ministerios es el mismo que si hubieran nombrado a Juan José Gorriti como ministro de Trabajo o a Olmedo Auris como ministro de Educación... ahí sí que se hubiera armado la pelotera; pero como son empresarios, no dicen nada." La misma fuente añade que "se necesita autoridad pública y no intereses privados".

Sin un grupo de ministros cercanos a ella, en cuyo nombramiento hubiera intervenido, Merino dio una primera apariencia de debilidad. La relación con el ministro de Economía, Javier Silva Ruete, podía ser también problemática, pues Merino había saltado (en sentido estrictamente figurado) sobre él, desde la SUNAT al premierato. Luego, su resbalón con lo del IGV reforzó en muchos esa impresión de debilidad. Alguna gente del gobierno, sobre todo de Perú Posible, se puso, en expresión de una fuente, "como lagartos al sol, esperando a ver qué pasa... en qué momento muerden".

Fue una visión errónea. En el gabinete, y sobre todo ante Toledo, Merino tenía una posición de mucha fuerza: "Si no hacen lo que ella quiere, se va", dice una fuente cercana a la premier. Y eso era algo que Toledo no se podía ni se puede ahora permitir. Ya el 19 y 20 de julio, la encuesta de la Universidad de Lima medía un respaldo de apenas 11 por ciento para Toledo, mientras que el de Beatriz Merino era de 50 por ciento. Nunca había padecido Toledo tal diferencia de popularidad con su premier (la que tiene con el ministro Carlos Bruce es parecida, pero Bruce es un entusiasta operador del Presidente, que parece sentirse feliz con ponerse, con una expresión de buñuelo beatífico, detrás de Toledo en las inauguraciones de su sector); y la obvia actitud de un

político con un difícil 11 por ciento de popularidad es darle juego a quien contribuye con un 50 por ciento. El cálculo es que en el proceso se creen vasos comunicantes que acerquen o equiparen la aceptación popular de ambos. Eso, en el corto plazo, le da fuerza a Merino. El nuevo gabinete, con la salida de Silva Ruete y el ingreso de Rospigliosi, le confirió más manejo e iniciativa.

Esa nueva iniciativa tuvo un efecto en Toledo y en el discurso que leyó en el Congreso el 28 de julio, apenas unas horas después de que los redactores del mensaje, Juan de la Puente y Daniel Schidlo-wsky, le alcanzaran la versión final. (Toledo se retiró de Palacio a su casa el 28 a las dos de la mañana, y De la Puente le llevó el discurso a las 3:30 de la mañana. El Presidente apenas tuvo tiempo de darle una leída rápida antes de salir para el Congreso; de ahí algunas de las fallas, aparte del nerviosismo, evidentes en la lectura de este.) Fue un nuevo tipo de discurso, que con justicia ha sido resaltado por sus oraciones cortas, estilo preciso, liberado de ampulosidad, en consonancia formal con el mensaje de un gobierno que parece recuperar iniciativa.

Cierto que no hubo ni el concepto movilizador ni la frase memorable ni el concepto trascendente.

Pero a estas alturas ya nos hemos resignado al minimalismo. Con que no se meta la pata nos damos por contentos. ▲